

JUAN GARCÍA PONCE: EL PODER DE UNA MIRADA

Hernán Lara Zavala

Muy desde el principio de su carrera Juan García Ponce eligió como propuesta literaria y de vida la marginalidad y la subversión. Sus comienzos no fueron fáciles. Empezó dando tumbos con la idea de que su género literario era el dramático. Y a pesar de haber conseguido el Premio Ciudad de México en el año de 1956 con su obra de teatro *El canto de los grillos* pronto se convenció que no poseía ni el temperamento ni el lenguaje escénico para convertirse en un buen dramaturgo. Se refugió en la narrativa y en el ensayo, géneros que conocía de primera mano, que ya había ejercido y publicado con buena fortuna en diferentes publicaciones revistas y para los que sin duda su temperamento se encontraba mucho mejor dotado. Como literato él y el grupo de su generación al que comandaba —y que se inician en *La Revista Mexicana de Literatura* bajo el auspicio de Octavio Paz— se rebelan contra la literatura telúrica y de la Revolución que estaban en boga en ese momento y se concentran en otro tipo de temas más relacionados con los influjos de la literatura europea, más citadina, más intimista, más personal y más interesada en las fuerzas inconscientes del espíritu y del cuerpo que nos mueven al placer, al dolor y al misterio. Juan empezó emulando la literatura realista y psicológicamente contenida de César Pavese y a partir de allí fue buscando la voz que le ha permitido explorar los sinuosos caminos del instinto, del deseo y de la clandestinidad.

Como ensayista lo primero que llama la atención es su enorme pasión literaria y el entusiasmo que logra contagiar a sus lectores cuando analiza las obras de los autores que admira muchos de los cuales, como Henry Miller, el propio Pavese, Mann, Musil y Klossowski fueron introducidos a los lectores mexicanos —y a muchos de habla hispana— gracias a sus celebratorios y luminosos ensayos.

A la par que se dedicaba a la narrativa y a la escritura de ensayos literarios y siguiendo las enseñanzas de su maestro y amigo Octavio Paz, García Ponce empieza a escribir crítica de arte manifestándose desde el inicio en favor del arte abstracto y en contra de la Escuela Mexicana de Pintura que se vanagloriaba en ese entonces como el único camino para los pintores del país.

Según él mismo lo relata en su *Autobiografía* su interés por el arte y la pintura lo adquirió durante lo que debió haber sido un breve viaje a Europa, patrocinado por su familia, pero que se extendió a más de un año durante el que se negó “sistemáticamente a regresar”. Durante esa prolongada estancia se dedicó, en su mayor parte, a visitar museos y galerías donde por fin pudo contemplar in situ los originales de todas aquellas pinturas que tanto había admirado en libros y reproducciones: Memling, Cranach, Goya, Velázquez, van Gogh, Paul Klee, Chagall, Picasso, Braque, Gris se le fueron revelando mientras visitaba diversos museos aun cuando tuviera que pernoctar en pensiones miserables de los países que recorría.

El resultado de este viaje se verá reflejado ya en su primer libro de ensayos, *Cruce de caminos*, en el cual dedica una tercera parte del volumen a las artes plásticas. Escribe sobre algunos pintores ya muy reconocidos como Klee, Picasso o Chagall; arriesga un poco más cuando trata la obra del expresionista abstracto Jackson Pollock y del inasible Max Ernst pero logra

comprometerse de manera más formal y aventurada cuando se decide a escribir sobre Rufino Tamayo y Juan Soriano.

La pintura se convertirá a partir de entonces en García Ponce en una línea de confluencia entre sus intereses literarios y sus intereses plásticos. Esto se notará sobre todo en su ensayo titulado simplemente "Vincent van Gogh" en el que escribe un hermoso texto en el que relaciona al Van Gogh pintor con el Van Gogh escritor, tomando como referencia las desgarradoras cartas que el artista holandés le escribiera a su hermano Theo. Pero por sobre todas las cosas será la pasión de la mirada, esa capacidad que en él se ha convertido en una auténtica obsesión que permea tanto su obra creativa como ensayística, la que servirá para establecer un punto de contacto entre su universo literario y el de la pintura, ampliando con ello sus horizontes artísticos.

A partir de estas primeras incursiones García Ponce se lanzará de lleno al campo de la crítica de arte, entonces bastante pobre en nuestro país a no ser por algunos casos aislados como el de Justino Fernández, Cardoza y Aragón, Paco de la Maza, Margarita Nelken y las incursiones esporádicas de algún poeta como Xavier Villaurrutia u Octavio Paz. Pero así como en literatura García Ponce logró romper las ataduras de la novela de la Revolución así también en la pintura se encauzó a apoyar las propuestas de los jóvenes pintores que buscaban su camino a través de un arte no figurativo.

Gozaba ya García Ponce de cierta fama como crítico de arte cuando participó como jurado en un concurso de pintura a nivel nacional, allá cerca del año de 1964, patrocinado por Mobil Oil. Dicho concurso aglutinó a los principales pintores del país, la mayor parte de ellos figurativos. La sorpresa del público no se hizo esperar cuando después de una nutrida convocatoria y luego de la deliberación se conoció que el ganador del certamen había resultado ser ni más ni menos que el hermano de uno de los propios jurados: Fernando García Ponce.

El escándalo fue tal que el público indignado empezó a impugnar la decisión del jurado al grado de que estuvieron a punto de linchar al propio Juan si no hubiera sido por la intervención de José Luis Cuevas que logró apaciguar los ánimos y dirimir la tensión. Aún así Juan no se salvó de que la esposa de uno de los pintores concursantes se acercara a él y le dijera felicidades por el premio de su hermano arrojándole la copa de vino blanco en plena cara.

El hecho de haberle otorgado a su propio hermano el tan ambicionado premio conlleva varias lecturas. En principio García Ponce se aventuró a romper con el complejo de Caín.

No sólo no mató a su hermano menor sino que lo reconoció como el mejor a pesar de sus vínculos familiares. Y aquí me gustaría hacer una breve digresión en torno a los dos artistas García Ponce, uno pintor y el otro escritor. Juan García Ponce, a pesar de ser mayor que Fernando, siempre admiró el carácter de artista de su hermano quien, de algún modo, lo inspiró para abrazar su propia vocación de escritor como el propio Juan lo reconoce en su novela autobiográfica *Pasado Presente* que me voy a permitir citar:

Hay que detenernos en algunos detalles significativos: el apodo genérico de "Los Terribles" se debía a Álvaro [léase Fernando]; el artista no iba a ser Lorenzo [Juan] sino Álvaro; él, pasado ya su año como "perro" iba con toda libertad a la Facultad de Arquitectura; en cambio sabemos las dificultades de Lorenzo cuando demasiado tarde se decidió a tomar algunas clases en

Filosofía y Letras; ahora el tercer piso de la calle Ensenada se poblaba con las copias de Van Gogh realizadas por Álvaro bajo las indicaciones de don Enrique Climent...en cambio Lorenzo sólo había escrito unos cuentos en riguroso secreto... ¡Álvaro iba a ser el artista de la familia!, pensaba Lorenzo, incapaz de ocupar el papel al que se había hecho merecedor su hermano...

Más importante aún que haberle otorgado el premio a Fernando resultó el hecho de que la obra premiada, contra todo lo que se esperaba, era de carácter abstracto. Con este acto un tanto simbólico se inauguraba entonces una nueva época en el campo de la plástica mexicana.

Juan García Ponce se convirtió a partir de entonces en adalid, teórico y crítico de toda una generación de pintores que tuvo como antecedentes a Tamayo y a Soriano y que fue construyendo su camino bajo las preceptivas del arte no figurativo. García Ponce abrió así una veta que no se circunscribió de manera rígida al campo de la pintura ya que gran parte de sus ensayos pictóricos están salpicados de referencias filosóficas y literarias que le otorgan una mayor densidad y un carácter más abstracto a sus reflexiones.

Claro que también se dio una reacción negativa y de rechazo tanto al crítico como a los pintores abstractos que el caricaturista Rius se encargó de popularizar en algún número del cómic llamado Los Supermachos creando a un personaje llamado Floripondio N.

Ponce, crítico de arte, que premiaba a los pintores abstractos que pintaban con las nalgas.

Pese a todo García Ponce se convierte en el propulsor de toda una tendencia pictórica. Su crítica de arte efectivamente está basada en el poder de su mirada: cuando se trata de pinturas figurativas las describe con morosa precisión regodeándose mediante el lenguaje en las escenas que evocan los cuadros mientras que cuando se trata de pinturas abstractas adopta un lenguaje más filosófico, más teórico y conceptual. La aparición de lo invisible, título de otro de sus libros de arte, parece resumir su cometido en cuanto crítico. Para llevar a cabo esta transfiguración, esta aparición, García Ponce tiende a moverse mediante paradojas como la de que hay que negar la pintura para hacerla posible y en donde más que resolver dudas intenta señalar las interrogantes que plantean los cuadros y la naturaleza problemática del arte. Invariablemente el escritor se auxilia de su enorme bagaje literario y filosófico para desentrañar el sentido de las pinturas que analiza y muy a menudo echa mano de ese filósofo de los artistas que es Federico Nietzsche.

A la sombra de sus críticas de arte surge pues toda una nueva generación encabezada principalmente por pintores como Vicente Rojo, Manuel Felguérez, Alberto Gironella, Francisco Corzas y el propio Fernando García Ponce. Esta generación se verá plenamente reconocida e identificada con la publicación del libro Nueve Pintores Mexicanos donde, además de los artistas ya mencionados, García Ponce escribe sobre la pintura de Roger Von Gunten, Lilia Carrillo, Arnaldo Cohen y Gabriel Ramírez. A partir de allí se abrirá una nueva brecha y tanto la pintura abstracta como la no figurativa han gozado desde entonces de un amplísimo desarrollo en nuestro país seguido muy de cerca, hasta hace algunos años, por el ojo tenaz y curioso de García Ponce que dio cuenta de las expresiones plásticas más interesantes producidas en nuestro país hasta que dejó de asistir a galerías por sus problemas de salud.

No obstante, como cuando era más joven, ahora ha vuelto a refugiarse en los libros de arte y gracias a ellos ha escrito fundamentalmente sobre dos artistas, también hermanos como fueran él y Fernando. En efecto, Juan García Ponce ha dedicado sus últimos comentarios sobre pintura a estudiar la obra plástica de Balthus y de Pierre Klossowski, logrando con ello otra curiosa paradoja. Si cuando joven García Ponce afirmaba que en gran medida le debía a la pintura su necesidad de escribir narrativa al grado de que en ocasiones se servía de esas pinturas como punto de partida para iniciar sus relatos ahora tanto las pinturas de Balthus como las de Klossowski, a los que tanto admira, se han convertido con el paso de los años en obras de arte que de algún modo ilustran y complementan el mundo que García Ponce eligió para escribir, donde lo marginal conduce naturalmente a la subversión y en donde lo bello, lo erótico y lo sagrado encuentran un espacio común que no es otro que el de la posibilidad del arte.

Texto publicado en Internet: <http://www.suafyl.filos.unam.mx/html>